

# EL MENTIDERO



## DE LA VILLA DE MADRID

Nº 918 | Martes, 26 de Junio de 2024

### Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **¡Viva la libertad, carajo!**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Sánchez no es España**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Alivio real**, *Fernando Savater*
- ✚ **En memoria de un gran pensador**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Nacionalismo, la ideología perfecta**, *Tomás Salas*
- ✚ **La unidad de la derecha: el caso francés**, *Jesús Cacho*



### ¡Viva la Libertad, carajo!

**Emilio Álvarez Frías**

*Nuestros indocumentados ministriles y demás parte de la banda, están que muerden porque es capaz de decir a cada quién lo que merece, sin tapujos de ningún género.*

**N**o cabe duda de que el novedoso presidente argentino, Javier Milei, con su espontaneidad lúcida, nos está dando la lección de cómo hay que actuar para volver el gobierno de los estados a la trocha por la que deberían transitar en estos momentos, saliendo de la picada –que él nos diría– por las que va derechita al barranco sin posibilidad de contención.

Nuestros indocumentados ministriles y demás parte de la banda, están que muerden porque es capaz de decir a cada quién lo que merece, sin tapujos de ningún género. Lo que puede hacer desde su estado de economista, político y docente –o sea, sin ser un indocumentado– al que no importa pisar todas las alfombras que sean necesarias, ni todos los empedrados que surjan por el camino.

En estos momentos, desde que Milei ganó la batalla frente a toda la porquería que había dominado en Argentina y, con un desparpajo inusitado, nada más ser investido como presidente de la nación, hizo una limpieza incommensurable de legislación, echando a la papelera, o entregando a un gaucho para que hiciera con los papeles un asado en la pampa, no poco de lo que fueron forjando sus antecesores, con Cristina Fernández de Kirchner, o el propio Kirchner en su momento, cuando estuvo al frente del gobierno.

Milei, quien a pesar de sus gestos y manifestaciones personales ante las masas, mide sus palabras, anima a las multitudes con el ¡Viva la libertad, carajo!, en lugar de sacar a relucir la mierda como hace los ministros de Pedro Sánchez –de ambos sexos por aquello de la igualdad–. Y es que nadie hay como de Pedro para utilizar los estercoleros de los que es fundador, aunque que se empeñe en adjudicar tal creación a la oposición. Nos da la impresión de que Milei, para lograr una política realmente necesaria, utiliza el saber de la historia y las modernas técnicas. De lo que esperamos no se salga durante su mandato.

Ello quiere decir que nosotros nos apuntamos al ¡Viva la libertad, carajo! Y por ende sugerimos que tanto Núñez Feijóo como Santiago Abascal extraigan toda la basura que han creado estos individuos –incluso los últimos 52 asesores de Pedro, que ya estarán pringados– durante al menos los años que lleva el presidente desde el asalto que hizo en el Parlamento para quitarle el puesto a Rajoy. Y decimos que desde, porque los ERES no fueron una casualidad, sino la jugada más punible de meter la mano en las arcas del Estado. ¡Que los representantes del PP y VOX lo digan hoy a voz en grito! ¡Que vayan a los juzgados con los papeles que ponen de manifiesto las tropelías! Sin encogerse cuando se encuentren con nombres y apellidos preconocidos. La ley es para todos igual según reza en la Constitución. Y en su tarea, anunciando la limpieza que de ellas harán cuando tengan oportunidad, con el fin de que los tres poderes del Estado –legislativo, ejecutivo y judicial–, adquieran sus facultades sin mácula y obren en consecuencia. ¿Qué de paso hay que hacer una limpieza en cada uno de ellos de los poderes? Pues habrá que hacerla. Si los que actuaban en ellos fueron cobardes ante una orden indebida, si les gusto corretear por un camino facilón, si no fueron conscientes de lo que juraban cuando se hicieron cargo de los sitios que ocuparon, que lo hubieran pensado antes.

¡Viva la libertad, carajo! ¡Viva España limpia, córcholis!



## Sánchez no es España

**Juan Van-Halen** (*El Debate*)

*Anunció Sánchez en un mitin que se beneficiaría a la condenada Magdalena Álvarez y así ha sido. No se respeta ética y tampoco estética. Todo vale. Y no es casual: se busca que se sepa quién manda*

**L**a celebración del décimo aniversario del reinado de Felipe VI respondió a la intención de hacer más visible una Corona distinta, abierta, responsable y ejemplar. Aquel 19 de junio de 2014 el Rey anunció «una Monarquía renovada para un tiempo nuevo» A los diez años el Rey resumió sus afanes: servicio, compromiso y deber. No es usual conmemorar un décimo aniversario, en nuestra historia no hay precedente. En un cambio tan radical con lo anterior como el reinado de Juan Carlos I no se celebraron aniversarios. En esta ocasión la realidad demandaba una presencia singular de la Corona ante el pueblo español. Esa realidad ingrata se debe al Gobierno y a sus socios; el presidente ausente ante los ataques a la Corona y sus socios queriendo ser letales.

La situación resulta preocupante aunque vivamos como si fuese normal. No lo es. El Gobierno está dividido como ningún otro en democracia, con ministros y socios que declaran trabajar para que Felipe VI sea el último Rey, y si es con guillotina de por medio mejor, con el Ejecutivo trampeando de mala manera para evitar controles del resto de los Poderes constitucionales y escapar de la parálisis a que su debilidad le condena cambiando normas, enmascarando margingalas infumables como la que trata de evitar la mayoritaria voluntad del Senado, imponer sus

mayorías en el CGPJ, maniatar a los medios de comunicación que aún no controla, o garantizarse, como ya ha hecho, la sumisión total de la Fiscalía. Lo que sucede en España no es ni mucho menos normal.

Una imagen relevante se produjo cuando el Rey se disponía a condecorar a un grupo de españoles de bien: el fiscal general del Estado en posición cómplice con Sánchez, su imputada mujer y la inefable presidenta del Congreso. La tropa alrededor del «puto amo» (Puente dixit). No lejos estaba el presidente del Constitucional, otra pieza clave. Ya no se oculta nada. Anunció Sánchez en un mitin que se beneficiaría a la condenada Magdalena Álvarez y así ha sido. No se respeta ética y tampoco estética. Todo vale. Y no es casual: se busca que se sepa quién manda.

Sobre la celebración ya sabemos que en Zarzuela todo, o casi todo, ha de consultarse con Moncloa, y sorprende que en un Estado constituido en autonomías no fuesen invitados sus presidentes. Se condecoraba a un ciudadano por cada Comunidad y las dos ciudades autónomas y no estuvieron sus presidentes, probablemente responsables, de una u otra manera, de sus propuestas. También supongo que influiría Moncloa en que no fuese invitado el actual jefe de la oposición, cabeza del partido más votado en España.



Más sorprendente para muchos españoles resultaron las ausencias del Rey padre Juan Carlos I y de la Reina Sofía. En el acontecimiento de hace diez años era indiscutible la figura del Rey padre que no tiene ninguna cuenta pendiente con la Justicia y es un español más; el único privado de derechos constitucionales como el de libre residencia. Es bochornosa esta situación injusta, ingrata, que como se conoció en su día partió de la voluntad de Moncloa. Más allá de la opinión falseada de la izquierda y sus extremismos, Juan Carlos I fue el puente necesario para llegar a la democracia. Por eso la izquierda inteligente, que no es la actual, asumió el reto y colaboró decididamente en tal empresa.

En medio de la celebración institucional irrumpió, como no, el Gobierno con sus machadas. Ayer recibió el presidente argentino Milei la Medalla Internacional de la Comunidad de Madrid durante un viaje en el que también recibió el premio anual del Instituto Juan de Mariana. No sorprendió el tratamiento de estos actos por los medios que le gustan a Sánchez –«los suyos»– llenos de descalificaciones. Pero el fango es de otros. Los ministros se lanzaron en tromba contra Ayuso repitiendo consignas como papagayos. Consideraron desleal la distinción a Milei porque «insultó a España». Falso. Milei no atacó ni insultó a España. Sánchez no es España y Be goña Gómez tampoco. El presidente argentino recordó, en el ambiente de un mitin, algo que repetía la prensa internacional. Había comenzado aquel lío el finísimo y prudentísimo ministro Puente llamando drogadicto a Milei.



Milei programó un viaje no oficial a España, pero solicitó ser recibido por el Rey. De jefe de Estado a jefe de Estado. La audiencia no se produjo. El Artículo 56.1 de la C.E. señala que el Rey «asume la más alta representación del Estado español en las relaciones internacionales, especialmente con las naciones de su comunidad histórica». Esa función regia va más allá de un desencuentro personal, desde luego exagerado, con una nación hermana con la que nos unen, además, intereses económicos importantes que afectan a españoles. Sánchez no es España, Majestad. Por fortuna.



## Alivio real

**Fernando Savater** (*elSubjetivo*)

*«Felipe VI es un símbolo viviente que nos permite soportar con alivio nuestra ciudadanía española, pese a que muy malos vientos soplan contra ella»*

**A**l cardenal Richelieu todos los que leímos de pequeños *Los tres mosqueteros* le consideramos un personaje malvado (y hasta nos lo figuramos con el rostro de Vincent Price). No fue un santo, desde luego, pero tampoco un simple villano de opereta. En su lecho de muerte, el confesor le preguntó si perdonaba a sus enemigos. «No tengo –repuso– sólo los del Estado». La frase es hermosa, aunque de veracidad muy discutible. Pero demuestra que Richelieu entendía a fondo lo que debe ser un servidor público. Nuestro Rey Felipe lleva diez años en el trono y el deseo de que se prolonguen lo más posible es mayoritario en el país. Sólo el propio Rey puede saber si considera enemigos a unos o a otros, pero en sus manifestaciones externas no demuestra enemistad salvo a quienes son explícitamente hostiles a la democracia española. E incluso esa aversión la expresa de modo mesurado, razonable, regio. No es Óscar Puentes, vamos a imaginar lo peor.

El momento más severo de su reinado fue la famosa alocución del 3 de octubre de 2017 sobre lo que ocurría en Cataluña. La nitidez y perfecta argumentación, pero sobre todo el tono de sus palabras, hizo vibrar el atribulado corazón de millones de españoles, no necesariamente monárquicos. Algunos separatistas catalanes lamentaron lo bronco del mensaje (Raúl Romeva hace poco) y se empeñan en sostener que estuvo mal aconsejado, que se enemistó con muchos en aquellas tierras. No entienden cuál es el papel simbólico pero nada neutral de su Majestad. Su obligación no es disimular o minimizar los ataques a la Constitución para no caer antipático a quienes los provocan: él representa el país unido en torno a la Carta Magna, no a cualquiera con DNI. Su agrado y su desagrado dependen también del interés del Estado, no del muy comprensible pero poco elevado afán de hacer amigos. Con su alocución, don Felipe dejó claro que no todo vale en democracia: no se enfrentó a los catalanes, sino que censuró sin rodeos a quienes tratan de imponer en Cataluña un separatismo obligatorio, étnico y excluyente. Señor Romeva y compañía, muchísimos españoles respiramos aliviados al oírle.

La tarea del Rey es mantener viva y presente la realidad para cada uno de nosotros de un albergue cívico común llamado España. No somos simples residentes aquí, como podíamos serlo de cualquier otro rincón habitable del planeta, sino ciudadanos que comparten una personalidad histórica y somos dueños junto con los demás de una nación inconfundible, única pero diversa. No vivimos en España, sino que tenemos España, la sostenemos entre todos y ella nos caracteriza en el concierto a menudo desconcertante de la geopolítica planetaria. Fueron los griegos los primeros que señalaron que los humanos no vivimos en cubiles como las fieras o los conejos, sino en polis, en urbes diseñadas por la memoria, por las leyes y por las necesidades compartidas. Cada una de esas polis tiene sus propios símbolos colectivos que son como las asas mentales por las que identificamos y agarramos nuestro patrimonio nacional: en el caso de España, nuestro símbolo mayor es la Corona. Su rasgo simbólico más importante hoy, cuando vivimos amenazados por las pulsiones separatistas que son en el plano social el equivalente al despeda-



zamiento con que la enfermedad mental acosa al individuo, es precisamente la totalidad sin excepciones ni privilegios con que la Corona cubre el conjunto del país. El Rey lo es de toda España, lo mismo que cada uno de nosotros, ciudadanos españoles, somos copropietarios y a la vez deudores de cada rincón de la patria. El Rey simboliza nuestra propiedad y nuestra obligación de servicio con la nación que vamos creando juntos, a partir del ejercicio de nuestras libertades. No somos vasallos del rey constitucional ni compartimos un yugo, sino que por lo mismo que el Rey lo es de todos y en todas partes cada uno somos príncipes legales de cada rincón de este país: eso significa ser ciudadanos. No me cuente dónde nació ni de dónde vienen sus padres, la Corona le absuelve de someterse a particularidades y le autoriza a sentirse dueño de una nación unida, sin fracciones ni rodajas oportunistas. Por eso los enemigos de España deben serlo también de la Corona, símbolo de lo que nos mantiene juntos y dueño cada uno del país entero, no del pedazo de terruño donde tiene puestos los pies.

El aspecto negativo de la monarquía, que desde luego lo tiene, es que la aprobación o repulsa que despierta en los ciudadanos se debe en demasía a la calidad personal de quien ocupa el trono. Porque los reyes malos pueden ser malos, pero no por ello dejan de ser tan reyes como los otros. Si el símbolo se empaña por pecados humanos, es el propio rey quien se convierte para muchos en argumento contra la institución. Lo curioso es que si el rey es muy bueno, también eso puede resultar perjudicial para los entusiastas que no entienden su papel institucional. Kant propuso como metáfora de algo que aquí no viene al caso el modelo de una paloma que vuela libremente sintiendo la resistencia del aire que se le opone y cree que sin aire, en el vacío, aún volaría mejor, ignorando que es precisamente el aire lo que la sostiene y permite volar. De igual modo, cuando el monarca es excelente –es el caso del actual según mi criterio y el de muchos– los hay convencidos de que aún sería mejor si no tuviera que someterse a las reglas constitucionales y gobernase con poder absoluto, negándose a firmar las leyes infectas que se le ponen delante o no reconociendo a gobernantes de ética muy dudosa. Sin embargo, es precisamente el sometimiento escrupuloso del trono a la Constitución lo que hace a la monarquía compatible con la democracia, pese a su carácter no electivo. Los que suponen que un buen rey no necesita escrúpulos constitucionales piden a la paloma que vuele rauda en el vacío... hasta estrellarse.

Felipe VI es un símbolo viviente que nos permite hoy, y esperemos que por muchos años más, soportar con alivio nuestra ciudadanía española, no étnica ni regional, pese a que muy malos y corruptos vientos soplan contra ella.



## En memoria de un gran pensador

**Manuel Parra Celaya**

*Si se repasan aquellos magistrales artículos de Julián Marías se observará que no marró ni en sus argumentos ni en sus predicciones:  
«La Constitución tiene que ser inequívoca»*

**S**e acaba de cumplir el aniversario del nacimiento de Julián Marías (17 de junio de 1914-15 de diciembre de 2005) y escasos medios se han acordado de su figura, como no fuera solo para resaltar su posicionamiento antifranquista; que yo conozca, solo uno (*ABC*) recordaba que, además, fue rechazado por la izquierda por su indeleble sello católico, lo que llevó, por ejemplo, a asistir como invitado a algunas sesiones del Concilio o a ser designado por Juan Pablo II miembro de la Academia Pontificia de Cultura.

Además de la enemiga de la izquierda, tuvo el honor de tenerla de los nacionalismos separatistas; esta hostilidad venía, acaso, de aquellos excelentes artículos, entre enero y mayo de 1978, en contra de la inclusión del término *nacionalidades* en el texto constitucional; aparecieron en la tercera del mencionado diario y reproducidos en *La Vanguardia* de Barcelona; pero esta demoró intencionadamente su publicación porque «el tema es delicado y no todo el mundo estará de acuerdo con los elementos en que se apoya don Julián Marías» (sic); por ello, se avino a su inclusión una vez solicitado que «ampliaran la visión del problema» nada menos que Maurici Serrahima y Miquel Coll i Alerton; curiosa manera de poner la venda antes que la herida, y es que *La Vanguardia* ya prometía entonces...

Si se repasan aquellos magistrales artículos de Julián Marías se observará que no marró ni en sus argumentos ni en sus predicciones: «*La Constitución tiene que ser inequívoca: un instrumento para resolver dificultades, no para crearlas*»; y en esas *dificultades* estamos, cuarenta y seis años



después. Fue acusado por Xavier Rubert de «*mentalidad totalitaria*», cuando si algo caracterizaba a nuestro gran pensador era su definición de *liberal*, pero en el sentido que había dado el Dr. Marañón: «*Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primera, estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y, segunda, no admitir jamás que el fin justifica los medios...*». Por ello, añadía Marías: «*Es bien notorio que cuando se ha creído que se puede ser liberal solo en política, se ha dejado de ser liberal en ella*».

Julián Marías fue uno de los más insignes discípulos de Ortega y Gasset, y, en el ámbito del catolicismo, de Xavier Zubiri; sus numerosos textos y artículos de filosofía y de teología lo sitúan entre los más grandes del pensamiento español del siglo XX y principios del XXI.

Mis relaciones iniciales con la clara inteligencia de Marías datan de su *Historia de la Filosofía*, en mis primeros años de Facultad, pero antes había caído en mis manos su *Consideración de Cataluña*, que había leído con apasionamiento de catalán y, por tanto, de español; vendría luego su *España inteligible, Los españoles, Literatura y generaciones...* Recuerdo que salí en una cerrada defensa de sus ideas cuando, siendo director de Instituto, me encontré con un *representante institucional* en el Consejo Escolar que lo menospreciaba, claro, sin haberlo leído...

Leer a Julián Marías, como a Ortega, obliga a reflexionar; a subrayar y a hacer anotaciones y comentarios al margen; tampoco obliga, por supuesto, a estar de acuerdo en todo con sus tesis, ni hace falta: los grandes del pensamiento no son *gurús*, sino *maestros*, y los discípulos pueden

discrepar, no seguir la *letra* de sus clases magistrales, sino el *espíritu* que las ha inspirado; impera nuestra *circunstancia* y el propio discurrir; me vienen a la memoria aquellas palabras de Indalecio Prieto –que me gustaría pensar que fueron sinceras–: «*Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizás fueran fundamentales, y mediar las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si estas valían la pena de ventilarse en el campo de batalla*».

Hay, por supuesto, ideas básicas de las que partiremos en nuestro propio pensamiento, y, en caso de Julián Marías, una de ellas es la de España, que, según sus propias palabras, es lo importante, «*lo que de verdad importa, no lo que se decreta así, lo “actual” o lo que “se lleva”*». Porque España fue la gran pasión de su vida.

Y Europa, cuyo problema es «*la ausencia de proyecto*», y que «*tendrá que ser un proceso de incorporación*», como «*empresa histórica*»; e Hispanoamérica, de la que España debe ser su «*Plaza Mayor*», anotando que «*las expresiones “Latinoamérica” o “América Latina” son igualmente deliberadas, tendenciosas y, por añadidura, absurdas*».

Cuando en la Transición («*Toda la historia lo es*», decía), algunos mentecatos repetían el tópico del *páramo cultural* durante el franquismo, Julián Marías demostró todo lo contrario: «*Existe una floreciente vida intelectual*», durante aquel Régimen con el que él no estuvo de acuerdo en lo político; mostró una larga lista de pensadores, críticos, novelistas, poetas y ensayistas de diversas disciplinas, llegando a la conclusión de que «*la tradición intelectual de España en el siglo actual –lo escribía en 1959– no se ha interrumpido*».

Tampoco ahorró críticas a lo español, fustigando los defectos que nos impiden avanzar, como el «*adanismo*», que nos impide «*venerar a nuestros antepasados en vez de serlos otra vez*». ¿Qué diría hoy don Julián Marías ante las *leyes de memoria* que decretan cómo fue la historia?

Termino con el recuerdo de una conversación con el añorado Jaime Suárez, en el seno de *Plataforma 2003*, al conmemorar el nacimiento de José Antonio Primo de Rivera; al ponderar ambos los textos del filósofo que ahora evocamos, Suárez me reconoció: «*Julián Marías fue un joseantoniano malgré lui*»...



## Nacionalismo, la ideología perfecta

Tomás Salas

*Por lo pronto, su objetivo fundamental lo alejan de las otras ideologías no nacionalistas. Buscan la creación de un nuevo ente político*

**L**éí hace tiempo, en el prólogo del lingüista Carlos Peregrín Otero a la edición española de *Estructuras sintácticas* de Noam Chomsky, que la ideología es «un conjunto funcional de creencias». Las ideologías son creencias, es decir, valores, preferencias, ideas subjetivas, no comprobables empíricamente. Y, sobre todo, tienen un carácter funcional. Esto significa que, más que alcanzar la verdad o explicar la realidad de forma racional, sirven para transformar –o sostener– un orden social y los intereses de un grupo. Tienen, pues, un valor instrumental; su idoneidad depende de que alcancen o no sus objetivos.

Los nacionalismos regionales en España, los de las llamadas por ellos mismos «naciones sin Estado», presentan unas características especiales desde el punto de vista ideológico. Voy a intentar explicar estas curiosas peculiaridades, centrándome (aunque el fenómeno está en expansión) en los clásicos casos catalán y vasco.

Por lo pronto, su objetivo fundamental (y aquí radica el fundamento de su especificidad) lo alejan de las otras ideologías no nacionalistas. Buscan la creación de un nuevo ente político. No es la transformación, sino la creación *ab nihilo* de algo que no es. Crear una nación donde no la hay; aunque, para ellos, esa nación exista reprimida, en estado latente, esperando la fuerza liberadora que la haga surgir a la luz del devenir histórico. No buscan sólo la defensa parcial de un grupo, clase, estamento religioso o cultural. Esta amplitud le da una enorme volubilidad y les permite moverse con gran libertad en distintos estratos económicos y sociales, así como en el binomio derecha-izquierda y en la gama de matices intermedios. Dicha indefinición y ambigüedad ha sido históricamente muy rentable a los nacionalismos. También desde el punto de vista económico.

Los ejemplos, en la historia de España, pueden multiplicarse. Antes de la guerra civil, tenemos en Cataluña el partido *Estat Català*, que era el más abiertamente separatista y que, por su estética y retórica, se acercaba en algunos momentos al fascismo italiano. La *Lliga regionalista*, por su parte (partido con figuras como Prat de la Riba y Cambó), representaba una derecha moderada, cristiana sin ser confesional, europeísta, con un fuerte componente social y cultural. Es la derecha que hubieran querido para España aquellos que vieron en Cambó un posible líder nacional. *Esquerra Republicana* tenía una línea socialdemócrata o de socialismo radical (moderado) al estilo francés. No olvidemos que un político tan alejado de la demagogia y el sectarismo como Tarradellas era militante de *Esquerra*. En el espectro de la izquierda, comunistas, socialistas y anarquistas (muy fuertes, estos últimos en el territorio catalán), pueden ser radicales, pero no en el sentido nacionalista, sino político y social. Con el tiempo se han ido acercando el centro de gravedad del núcleo nacionalista. Hoy, después de décadas de democracia, vemos a los socialistas de PSC, con diferentes matices, muy cercanos a las tesis soberanistas o defendiendo un federalismo de límites imprecisos. De hecho, en un ámbito tan pobre, como el nacionalista, desde el punto de vista intelectual, la defensa más lúcida que conozco de estas tesis es el libro *Nacionalismos: el laberinto de la identidad* (Madrid, Espasa-Calpe, 1994) del filósofo y político socialista Xavier Rubert de Ventós. También los comunistas, en sus distintas mutaciones y facciones, que son muchas, así como los anti capitalistas (la CUP) asumen sin ambages las posiciones más extremas del nacionalismo.



En el caso vasco el fenómeno es parecido, aunque tiene sus rasgos propios. El PNV pertenecía hasta hace unos años a la internacional demo-cristiana, como partido conservador, con rasgos, más atenuados cada día, de clericalismo, con implantación en las clases medias y empresariales. Como en el caso del catalanismo de derechas, el nacionalismo vasco no puede negar sus vinculaciones con el pensamiento tradicionalista y carlista. La izquierda también aquí va desplazando su centro de gravedad hacia el nacionalismo. Además de socialistas (éstos menos cercanos al nacionalismo que los catalanes, pero siempre dispuestos a pactar con ellos) y comunistas, se desarrolla un movimiento de extrema izquierda que pasa a la acción directa y al crimen terrorista como arma política. Desde 2010 ETA no ha asesinado a nadie, pero este movimiento sigue más fuerte que nunca políticamente, en la mayoría de los casos entendiéndose perfectamente en las estrategias (y por supuesto en los objetivos finales) con el PNV. Esta magia aglutinadora del nacionalismo hace que un partido conservador y supuestamente de ideario cristiano se entienda a la perfección con un partido de izquierda radical que no ha tenido muchos escrúpulos para justificar y usar la violencia. ¿Hay alguna otra ideología que tenga esta capacidad de unir, de sintetizar lo distinto y contrario?

Sólo el nacionalismo puede defender un proyecto de derechas usando las estrategias de ingeniería social de la izquierda. Sólo el nacionalismo tiene una estrategia a largo plazo, en un sentido casi transhistórico (lo que lo asemeja a una especie de religión laica) y, al tiempo, sabe bregar con los intereses de cada día, haciendo alianzas y componendas con todo el mundo con un pragmatismo que, a veces, se acerca al oportunismo.

Desde este punto de vista funcional al que he comenzado refiriéndome, el nacionalismo es la ideología perfecta.



## La unidad de la derecha: el caso francés

Jesús Cacho (*Vozpópuli*)

*La izquierda francesa propone un «Frente Popular» contra la ultraderecha de Le Pen y como alternativa a Macron*

« Las elecciones europeas han marcado un punto de inflexión histórico. Nunca la extrema derecha había logrado el 40% de los votos en Francia, un resultado que hay que relacionar con la transformación del partido llevada a cabo por Marine Le Pen. Agrupación Nacional (RN en sus siglas en francés) ya no es un grupo proclive al autoritarismo, abiertamente racista y antisemita, hostil a las instituciones y a las elites, que cultiva la violencia. Muy al contrario, se presenta y es percibido como el partido de la estabilidad y del orden, lo que le permite atraer votantes y cargos electos de otros grupos en torno a una estrategia de unión de las derechas. Ya no es un partido de protesta, sino de membresía». El párrafo pertenece al artículo publicado esta semana por Nicolas Baverez, ese moderno epígono de Raymond Aron que escribe regularmente para *Le Figaro*. El hundimiento del macronismo en las europeas del pasado 9 de junio ha producido un auténtico terremoto en la política francesa, cuyos efectos amenazan extenderse, cual imparable tsunami, al resto de la UE y, si me apuran, al llamado mundo occidental. Emmanuel Macron reaccionó a los malos resultados de su partido disolviendo la Asamblea Nacional la misma noche electoral y llamando a nuevas legislativas que tendrán lugar el próximo domingo, 30 de junio (primera vuelta), y el domingo siguiente, 7 de julio (segunda y definitiva). Francia vive desde entonces en el estado de excitación propio de las grandes citas históricas, aquellas en las que se juega el destino de un país.

Porque al arrollador triunfo de las huestes de Le Pen reaccionó la izquierda con el anuncio de un Nuevo Frente Popular (NFP), que, en torno a La Francia Insumisa de Jean Luc Mélenchon, reúne a los restos del PCF, al devaluado Partido Socialista de Raphaël Glucksmann (un vagón al que se acaba de subir el ex presidente François Hollande), a Los Ecologistas y al Nuevo Partido Anticapitalista de Philippe Poutou, un violento grupo antisistema. Y todas las alarmas han saltado en esa Francia tradicionalmente rica, envidiable en tantas cosas, pero inmersa desde hace tiempo en una senda de imparable decadencia, producto de malas políticas tomadas por malos Gobiernos, que se han traducido en estancamiento económico, desempleo masivo, empobrecimiento de las clases medias, marginación de sectores enteros de la sociedad, pérdida de identidad, explosión de inseguridad (un robo cada tres minutos), parálisis institucional y desconfianza radical hacia la clase política. El programa económico adelantado por el Frente Popular, más que una carta a los Reyes Magos es un disparate propio de la extrema izquierda: derogación de la reforma de las pensiones, congelación de precios, salario mínimo en 1.600 euros, indexación de sueldos a la inflación, aumento del 10% de la plantilla de funcionarios, rechazo al pacto de estabilidad de la UE... Sólo volver la edad de jubilación a los 60 años (Macron la ha elevado a los 64) costaría 54.000 millones en 2025 y 68.000 en 2027. Según la Fundación Ifrap,

las medidas del NFP se traducirían en un aumento del gasto público de 233.000 millones de aquí a 2027. Para hacer frente a tal derroche, la ultraizquierda propone subidas de impuestos por importe de 40.000 millones año (restablecimiento del ISF –«impuesto solidario sobre la riqueza»–, abolición del impuesto único sobre los rendimientos del capital mobiliario, nueva progresividad del IRPF –que pasaría a tener hasta 14 tramos desde los 5 actuales–, aumento de donaciones y sucesiones, expropiación de herencias a partir de los 12 millones...)

Bruno Le Maire, el elegante ministro de Economía de Macron («el más intelectual de los miembros del gabinete»), según Iñaki Gil, ex corresponsal de *El Mundo* en Francia, en su muy recomendable *Arde París*, Ed. Círculo de Tiza), ha calificado de «locura» el programa económico del NFP, una locura que llevaría al país a la quiebra, con los demoledores efectos que ello tendría para el euro y el proyecto europeo, naturalmente también para España. En efecto, con las cuentas de Mélenchon y compañía «el déficit público galo aumentaría en 193.000 millones al año, lo que supondría duplicar con creces su nivel actual», lamenta Agnès Verdier-Molinié, directora de Ifrap, una fundación de financiación privada dedicada a la fiscalización de las políticas públicas. «Un gobierno con un programa así no duraría dos semanas: muy rápidamente sería sancionado por los inversores. Hay que tener en cuenta que Francia necesita pedir prestado en los mercados financieros alrededor de 300.000 millones al año entre déficit y refinanciación de deuda. Con un déficit público que supera los 340.000 millones, nadie querría prestarnos un euro más o lo haría a unos tipos prohibitivos». Pero no es solo la ruina económica lo que un eventual triunfo del NFP, en absoluto descartable, traería a Francia y al continente entero. Una extrema izquierda partidaria de Putin y declaradamente antisemita, que se niega a calificar a Hamás de organización terrorista, supondría también y sobre todo una evidente pérdida de libertades. «La primera de todas, la libertad de ser francés y de beneficiarse de ello», sostiene Marine Le Pen. «La libertad de la propiedad, la libertad de manifestación, la libertad de expresión. La izquierda quiere el desarme físico y moral de la policía y persigue el derrocamiento de nuestra estructura constitucional y republicana. La destrucción llevada a cabo por Macron es más sutil. Nos deja un país en ruinas donde los servicios públicos no funcionan, donde la inmigración está fuera de control y donde la inseguridad está destruyendo la paz civil. Ambos son peligrosos, pero es obvio que la lucha prioritaria debe centrarse contra el bloque islamo-izquierdista».

La formación del Frente Popular galo vino de inmediato seguida de un anuncio que ha conmovido los cimientos de la política francesa y que tiene enormes resonancias en clave española: la decisión del líder de Los Republicanos (LR), el viejo partido gaullista, el del ex presidente Sarkozy, de anunciar por su cuenta y riesgo, sin consulta previa a los órganos del partido, una alianza con la Agrupación Nacional de Le Pen. Eric Ciotti, que ha ganado en los tribunales el intento de la cúpula de LR de destituirlo, ha justificado su decisión en «la necesidad de enderezar el rumbo de un país en grave riesgo existencial, obligado a contrarrestar el peligro que representa la ultraizquierda. Francia está desapareciendo, Francia se está derrumbando, hay que restaurarla, y yo invito a hombres y mujeres de buena voluntad a unirse en este intento». Naturalmente, las contradicciones de esta unión quedaron pronto en evidencia, porque, frente a la ortodoxia de Los Republicanos, los lepenistas proponen también aumentos del gasto público inasumibles para una Francia cuyas finanzas públicas atraviesan por una situación dramática, cuyo rating acaba de ser degradado por las agencias de calificación, con la quiebra financiera llamando a la puerta a menos que el Estado sea capaz de ahorrar 80.000 millones de aquí a 2027, un Estado, en fin, que se ha endeudado en casi un billón de euros entre 2017 y 2023 y que ostenta el título de campeón de Europa, e incluso del mundo, en términos de presión fiscal y gasto público (57% del PIB).

Promesas como la reducción del 20 al 5,5% del tipo del IVA sobre la energía y los combustibles, o como la jubilación a los 60 años para todo aquel que haya empezado a trabajar antes de los 20 años y haya acumulado 40 de cotizaciones, o la carísima idea de nacionalizar las autopistas cuyas



concesiones expiran en 2030, entre otras cosas, supondría llevar las cuentas públicas a un estrés insoportable. Dicho lo cual, Jordan Bardella, el joven líder de RN y candidato a ocupar el Hotel Matignon (palacete que sirve de residencia oficial al primer ministro del Gobierno galo), ha empezado ya a matizar las promesas electorales de su partido. «Debemos restablecer la razón presupuestaria en las cuentas públicas antes de prometer cualquier cosa», ha manifestado esta semana, añadiendo que, en caso de victoria electoral el 7 de julio, pondrá en marcha una auditoría de las finanzas del Estado antes de tomar decisión alguna. A nadie se le escapa que la presencia de los «republicanos de derechas» de Ciotti en la alianza tendrá un efecto sedante sobre la pulsión al gasto público del lepenismo. Preguntado esta semana por el futuro del «impuesto a la riqueza financiera» anunciado por la RN, Ciotti fue muy explícito: «Siempre he considerado injusto gravar mucho más los activos inmobiliarios que los flujos financieros. Discutiremos el alcance de ese impuesto teniendo en cuenta que la francesa es una economía abierta y que debemos adaptarnos a ella si no queremos que el capital huya a otra parte».

La preocupación en la Francia del dinero es palpable. El presidente del Medef, Patrick Martin, ha expresado su temor al «riesgo de estancamiento de la economía francesa y europea, una situación que comprometería el mantenimiento del empleo y pondría en peligro el modelo social al que todos estamos apegados». Para el jefe de la patronal gala, «el potencial retorno de los impuestos punitivos, tan característicos de nuestro país, conduciría inevitablemente a un mayor deterioro de nuestras finanzas públicas y a aumentos de impuestos para hogares y empresas». El miedo domina hoy a millones de franceses preocupados por el futuro de sus ahorros, ante la eventualidad de una crisis de deuda que llevaría a la ruina a muchas familias, perjudicando especialmente a jubilados y trabajadores más vulnerables. Un cierto número de empresarios ha parado ya la contratación de personal, al tiempo que se han frenado las nuevas inversiones. No pocos «ricos» se plantean ahora abandonar el país aduciendo motivos fiscales, y todo recuerda aquel viento de pánico que recorrió Francia en 1981 con el peor de los Gobiernos Mitterrand. La preocupación, con todo, está centrada en el Nuevo Frente Popular de Mélenchon & Cía, más que en la alianza Bardella-Ciotti. Para el líder de LR, «los sepultureros de la economía se llaman Macron y Le Maire, no Le Pen y Bardella. Mi prioridad y la de Bardella será poner en orden las cuentas de Francia y restaurar el poder adquisitivo de los franceses».



Y es que, como sostiene Bávarez, «RN se ha transformado en un partido populista», lejos ya del calificativo de partido de extrema derecha que el zurderio galo insiste en adjudicarle. Un populismo con anuncios tan tentadores para el francés de a pie como esa promesa de «eliminar totalmente los subsidios familiares para los padres de menores delincuentes». Con todo, ese populismo de RN está lejos del postpopulismo de Giorgia Meloni, una fórmula que mezcla la firmeza en materia de seguridad e inmigración con una política económica favorable a las empresas, la plena integración en las instituciones de la UE, la solidaridad con la OTAN, la oposición a Rusia y el apoyo a Ucrania. El RN se ha convertido en un partido populista anclado en la década de 2010, que no ha sabido adaptarse a los cambios provocados por la invasión de Ucrania, la amenaza existencial que la Rusia de Putin representa para Europa, la implosión de la globalización, etc. ¿Caminamos hacia una Francia ingobernable? La última oleada de la encuesta Ifop-Fiducial para *Le Figaro*, *LCI* y *Sud Radio* publicada este jueves, con una participación estimada en primera vuelta del 64%, otorga a la «unión de derechas» un 34% de los votos (15 puntos más que en las legislativas de 2022), por un 29% para el Frente Popular y un 22% para el bando de Macron, que resiste mejor de lo esperado. La cohabitación entre un primer ministro y un presidente de la República de distintos partidos no sería una situación nueva, aunque ello requeriría que la alianza de RN-Republicanos, a la podría añadirse en segunda vuelta la Reconquête de Éric Zemmour, lograra mayoría absoluta en la Asamblea. Lejos de esas insufribles elites parisinas que desprecian a la Francia profunda, un sentimiento ocupa hoy a millones de franceses: el de oponerse frontalmente al regreso de esa «odiosa izquierda» (Mathieu Bock-Côté) que sueña con purgar a todo aquel que se oponga a su inmigracionismo militante, su multiculturalismo radical, su declarado

islamismo, su represión de las libertades (la excusa del odio), su ecologismo enfermizo, su asfixiante estatismo, su guerra de sexos, ah, y el estraperlo del decrecimiento, la miseria para todos, la abominable «paguita», porque para la izquierda no se trata de acabar con la pobreza, sino con la riqueza.

La lectura de lo que ocurre en Francia resulta obvia en clave española. La situación de nuestro país es objetivamente más grave que la del vecino, donde al menos no existe el riesgo cierto de desintegración territorial. Pero, al revés que en Francia, donde la preocupación por lo que ocurre se plasma diariamente en prensa, radio y televisión, aquí reina la paz de los cementerios, con nuestra elite empresarial oficiando de enterradores a las órdenes del sátrapa. La situación española es tan grave, tan dramática, que lo normal sería que PP y Vox (lo de Alwise es una anécdota que ya vivimos en tiempos de Jesús Gil y de Ruíz Mateos) estuvieran en conversaciones para establecer una alianza electoral destinada a desalojar cuando antes a Sánchez de Moncloa.

Conforme pasan las semanas aumenta el riesgo de que no volvamos a tener elecciones libres, de que Sánchez disfrace las próximas generales, cuando sean, de plebiscito con cambio de régimen. Una alianza electoral bien explicada a los ciudadanos, como Éric Ciotti ha explicado en Francia el apoyo de Los Republicanos a los lepenistas. Nada de eso está ocurriendo. Cada día que pasa se oscurece más el horizonte para esa España urbana, moderadamente liberal, que acude diariamente a su trabajo y



que quiere seguir disfrutando de la prosperidad ganada con su esfuerzo. El PP de Núñez Feijóo parece a punto de entregar al capo socialista el control del CGPJ, la llave para los nombramientos de un Tribunal Supremo que un día debería juzgarlo a él y a toda su parentela por flagrante corrupción. Lo del PP es inexplicable. Sanchez acaba de birlarle la cartera en el Senado, al colar una enmienda en la Ley de Paridad por la que arrebatata a la mayoría la capacidad de tumbar los objetivos de estabilidad presupuestaria y deuda pública, paso preceptivo para la elaboración de los PGE. No aprenden, no escarmientan, no acaban de comprender que se enfrentan a un capo mafioso. Si Feijoo termina cediendo las llaves de la Breda judicial, habrá puesto fin a su carrera política y habrá cortado de raíz las posibilidades del PP como alternativa de Gobierno. Y qué decir de Vox. ¿Dónde está Santiago Abascal? ¿De qué se ocupa? Cómo es que no está ofreciendo al PP ese pacto electoral, apartando a futuro cualquier tipo de diferencias ideológicas. No perdamos la esperanza, armémonos de valor, forcemos esa alianza. Como el viernes nos recordó Javier Milei en Madrid, no permitamos que el socialismo arruine nuestras vidas. ¡Viva la Libertad, carajo!